

# Jacinta y las bolsas de plástico

Marta Alcocer

Ilustraciones de Margarita Sada



**H**ace dos días Jacinta llegó con sus papás a vivir a la Ciudad de México, y por primera vez, acompaña a su mamá al mercado.

La mamá de Jacinta va llenando su canasta de naranjas, tunas, plátanos, jitomates, cebollas, cilantro, zanahorias, vaina para los canarios...

Cada alimento va envuelto en una bolsa de plástico. Jacinta las cuenta, son once.

En casa, mamá saca de las bolsas de plástico todo lo que compró, y lo acomoda en su lugar.





Mamá y Jacinta doblan con cuidado todas las bolsas de plástico que les dieron en el mercado y las guardan en un cajón para volver a usarlas. También en la tiendita de la esquina, les dan todo en bolsas: el café, la leche, los huevos, la gelatina de limón... Dos veces a la semana doblan y guardan las bolsas, para cuando se ofrezcan.



Un día, las bolsas de plástico ya no cabían en el cajón. La mamá de Jacinta las empezó a guardar también en la alacena, dentro de las ollas, en el horno, en todas partes habían bolsitas de todos los tamaños y colores.



—¿Por qué no las tiras? —preguntó Jacinta, cuando encontró una dentro de su taza favorita.

La mamá de Jacinta le contó a su hija que cuando era niña, escribía en su cuaderno de la escuela por los dos lados. Usaba todas las rayas y todas las hojas.

En su casa, las cáscaras eran para los cochinitos y para las gallinas; los huesos se los comían los perros; y la ropa pasaba de hermano a hermano, a veces adornada con parches de colores. Su papá, hizo un columpio con una llanta vieja que encontró un día.

A ella le enseñaron que las cosas no se desperdician, por eso no quiere tirar las bolsas de plástico, aunque nadie las utilice.



Fue entonces, cuando la plaga de bolsas de plástico empezó a apoderarse de toda la casa. Primero en la cocina, luego llegaron al baño, después ocuparon las recámaras.










Jacinta encontraba bolsas por todos lados.  
Una muñeca por poco se asfixia dentro de una  
bolsa de plástico.







El primero que protestó en voz alta por esa invasión fue el papá de Jacinta, cuando un domingo en la mañana se levantó y quiso rasurarse, pero su navaja estaba perdida entre diez bolsas de plástico. Hasta dentro de sus calcetines habían bolsas y bolsitas.

—¡Estas bolsas de plástico no sirven para nada!  
—gritó el papá, colorado del coraje.

Jacinta se levantó de un salto y pensó: papá tiene razón. Mamá bostezó en la cama, hizo mmmmmh, y asintió con la cabeza.

Todos estaban de acuerdo. Había que hacer algo, pero... ¿qué?

—¿Por qué no las usamos para poner la basura antes de tirarla? —sugirió papá.

—La basura la guardamos en los botes de basura. Un bote para las cáscaras y los restos de comida, y otro para todo lo demás. No necesitamos bolsas además de botes —respondió mamá.

—¿Y si las tiramos? —insistió Jacinta.



Papá les platicó que un día vio un tiradero de basura con miles de bolsas de plástico amontonadas y sucias. También les contó que el plástico no se deshace cuando lo entierras que así se queda durante muchos años. No se transforma en abono, como las plantas muertas, las cáscaras y otros restos de comida. Estorba y puede hacer daño.





La mamá de Jacinta, que vivió de niña cerca del mar, recordó que, una vez, encontraron un delfín muerto en la playa, su intestino se tapó por haberse tragado una bolsa de plástico.

Así que nadie quiso tirar las bolsas de plástico a la basura.

—¿Y si le regalamos las bolsas al señor de la tiendita? —se le ocurrió a la mamá de Jacinta.

—¡Pero si él nos las regala a nosotros! —dijo el papá.





De todos modos, fueron a preguntarle. Pero el tendero no las aceptó.

–Vayan a la fábrica de bolsas de plástico. De seguro ahí se las compran –sugirió y les dio la dirección.



Jacinta, su papá y su mamá fueron a la fábrica de bolsas de plástico.

—¡Claro que sí las aceptamos! —dijo contentísimo el encargado de la fábrica. Con ellas vamos a hacer más bolsas de plástico.

—¿Cómo? —preguntó Jacinta.

—Sí niña. Vamos a re-ci-clar las bolsas que nos den ustedes. Las metemos en aquel tubo, y allí se van a mezclar con otras sustancias. Calentamos la mezcla, las bolsas se deshacen y de ese menjurje hacemos otras bolsas.



–Pero entonces... ¿van a romper las bolsas que les traigamos? –preguntó Jacinta.



–Sí. Haremos con ellas bolsas nuevas.

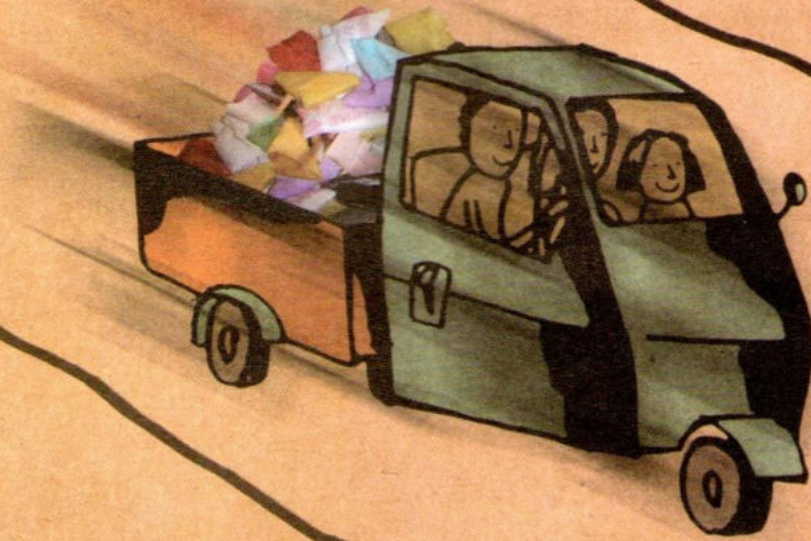
–¿Y para qué necesitan bolsas nuevas?

–Para guardar las frutas, las verduras y todas las cosas que la gente compra. Nos piden mucho las bolsas de plástico en estos tiempos.

–No las destruyan –pidió Jacinta. Están casi nuevas.

–La gente las quiere nuevas, pequeña. Completamente nuevas.





Finalmente, Jacinta, su mamá y su papá llevaron a la fábrica doce kilos de bolsas de plástico para que las reciclaran.

La horrorosa plaga de bolsas que había en casa fue desapareciendo. Todo estaba más limpio y era más fácil encontrar cualquier cosa.



Y desde entonces, cuando van a comprar algo,  
lo acomodan en su canasta.

–Démelo así, sin bolsa –le dicen al vendedor–  
no necesitamos tantas bolsas de plástico.

**FIN**